

con la cruz y á conformarse con los trabajos! Ellos nos hacen semejantes á nuestro divino Maestro y Capitán, el cual, despreciando la confusión, toleró la cruz durante todos los momentos de su vida. ¿Qué más puede desear un discípulo aprovechado y un soldado fiel? Ellos nos certifican que no somos del bando del mundo, sino que pertenecemos á la milicia de Cristo. Dentro de poco tiempo se convertirán en gozos y delicias sempiternas, sucediéndonos lo que á Lázaro el mendigo, y del muladar seremos transportados á las moradas eternas, y del cieno de este mundo seremos colocados entre los príncipes de la corte celestial. Las tribulaciones nos dan seguridad de que nuestro Padre celestial nos ama, porque Él ama á todos los que ve conformes con la imagen de su Hijo. La victoria es cierta: aunque nuestros enemigos sean poderosos y formidables, no hay que dudar de ella un solo momento; teniendo nosotros firme voluntad, el campo quedará por nosotros; el mismo Dios nos asiste, nos contempla en la lucha, nos comunica fuerzas, y se alegrará de nuestra victoria, y nos coronará de ventura y felicidad. ¿Por qué decaemos de ánimo en los trabajos? ¿Por qué desconfiamos en las tribulaciones? ¿Cómo no se despierta nuestro valor, pensando que Dios nos está mirando? Si la presencia del capitán infunde valor al soldado, mucho más debiera infundirle en nosotros la presencia de Dios. Suframos con paciencia; alegrémonos en los trabajos; gocémonos en las tribulaciones, y para esto, propongamos el modo de recibirlas cuando nos vienen, de sobrellevarlas cuando nos hallamos sumergidos en ellas, y de manifestar á Dios nuestro agradecimiento por ellas; para todo roguemos fervorosamente por nosotros y por los demás.

#### 21.—ORACIÓN DE JESÚS DESPUÉS DE LA CENA.

PRELUDIO 1.º Antes de salir del cenáculo, hizo Jesús una fervorosa oración, pidiendo primero para sí, después para sus discípulos y después para todo el mundo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús orando en medio de sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener espíritu de oración, imitando en ella á Jesús.

**Punto 1.º** *Jesús pide primeramente para sí mismo.*—Estando Jesucristo en pie, en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró á su Padre por sí mismo, diciendo: «Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo para que tu Hijo te clarifique á Ti». En lo cual debes considerar ante todo la reverencia interior y exterior de Jesús en su oración, con deseo y propósito de imitarlas, pues por este motivo quiso hacerla delante de sus Apóstoles. Pondera luego lo que pide en esta oración; es á saber: que fuese glorificado en el tiempo de su Pa-

<sup>1</sup> Joan., xvii, 1.

sión con milagros, para que se descubriese que, aunque padecía cosas ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser clarificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y todo esto lo pide, no por su propia honra, sino para la gloria de su Padre y para que el Padre sea glorificado con su gloria. Á imitación de Jesús, has de pedir al Padre Eterno la gloria de su Hijo, suplicándole que le haga conocer en todo el mundo. Y apropiándote á ti mismo esta oración, puedes decir al Padre: Clarifica á este tu hijo para que él te clarifique; ámale, para que él te ame; ayúdale, para que te sirva. Medita luego los títulos que añadió Jesús en su oración, diciendo: «Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame, pues, ¡oh Padre!, cerca de Ti mismo, con la claridad que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese hecho». Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque Yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has ordenado; justo es que Tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinación eterna. Saca de aquí que la oración es medio para ejecutar las trazas de la divina predestinación, y que los varones justos y perfectos pueden aducir con humildad como título en sus oraciones los servicios que han hecho á Dios. Y nosotros, ¿qué títulos podemos aducir en nuestra oración? ¿Qué debemos pedir para nosotros á Dios? ¡Oh Padre amantísimo! Si pudiera deciros con verdad que siempre os he glorificado en la tierra y acabado la obra que me habéis encomendado! ¡Ay de mí! He vivido buscando mi gloria con menoscabo de la vuestra, y atropellando vuestra voluntad por hacer la mía; y así os suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiquéis con vuestra gracia, para que de hoy más os clarifique sobre la tierra, y perfeccione la obra que me habéis encomendado.

**Punto 2.º** *Jesucristo pide para sus Apóstoles.*—Considera cómo Jesús pidió luego por sus Apóstoles, diciendo al Padre: «No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos». ¡Qué título tan eficaz para dirigirte al Padre! Dile: «Tuyo soy, sálvame». Pero pondera las cosas que el Señor pide para sus discípulos. Primeramente, dice: «Padre santo, en tu nombre y por tu gloria, guarda á éstos que me diste, que sean una cosa como Yo y Tú lo somos». En las cuales palabras pide al Padre que mire por ellos y los conserve, dándoles unión de caridad entre sí mismos y con Dios, no unión cualquiera, sino perfectísima, semejante á la que hay entre el Hijo y el Padre. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un modo de sen-

<sup>1</sup> Joan., xvii, 4.

tir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando sólo aquello que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta unión con Dios, quedarán también unidos entre sí. La segunda cosa que pide es que sean libres de lo que se opone á esta divina unión, diciendo: «No te ruego que los saques del mundo, sino que les libres del mal». Que es decir: En el mundo han de padecer grandes tribulaciones y trabajos; no te pido, Padre mío, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo; esto es, del pecado, de la desunión y discordia, del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo. La tercera cosa que pide es, que les dé plenitud de todas las virtudes, diciendo: «Santificálos en verdad, pues Yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad». Que es decir: No sólo libralos del mal, sino santificalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que Yo les he predicado, pues Yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa para hacerlos santos. Mira cómo Jesús quiere que en la oración pidas á Dios cosas grandiosas, alegándole principalmente dos títulos: la majestad de su nombre, y el sacrificio de su divino Hijo. ¡Oh Padre soberano! Oid la oración de vuestro Hijo unigénito, librándome de lo malo que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad, para que goce de la unión que tenéis con Él, unido con Vos en perfecta caridad. ¿Poseemos nosotros la unión con nuestros hermanos que pide Jesús? ¿Ponemos obstáculos á ella? ¿Trabajamos por santificarnos?

**Punto 3.º** *Jesús pide por el mundo que ha de creer en Él.* Considera aquí la oración que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna. Lo primero, dijo: «No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicación han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste». De donde consta que oró por todos los que ahora vivimos en la Iglesia, y, por consiguiente, que oró por ti mismo, porque á todos y á cada uno, y á ti también, los tenía presentes, como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta unión de caridad perfectísima con Dios y entre sí al modo dicho, la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenía discípulos tan unidos en caridad. ¡Oh, cuánto importa que tú hagas cuanto puedas por conservar con tus prójimos esta unión que tan vivamente deseó Jesús para sus discípulos! ¡Qué crimen tan grande es el destruirla, cediendo á las exigencias del amor propio! Lo segundo que pidió, fué: «Padre, quiero para

los que me diste que adonde Yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste». Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la unión de caridad y perfección en esta vida, sino que después de ella estén conmigo en el cielo, donde Yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. ¡Oh Amador dulcísimo! ¡Con qué eficacia orabais cuando esto decíais! Pues hablando con vuestro Padre interponéis vuestra suprema autoridad, y la igualdad que con Él tenéis, diciendo: «Padre, *quiero* que donde Yo estuviere, estén también mis discípulos». ¿Quién podrá ir contra este *quiero* vuestro, pues lo que Vos queréis eficazmente, todo se cumplirá? ¡Oh quién estuviera donde Vos estáis! Bien sé que estáis en todas partes, en donde hay buenos y malos; pero no todos están con Vos, gozando de vuestra dulce compañía. Concededme que siempre esté yo donde estáis Vos, viéndoos en esta vida por fe muy esclarecida, y después con clara vista en vuestra gloria.

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué oración tan ferviente, humilde y perfecta dirige á su Eterno Padre nuestro divino Maestro antes de su Pasión! Poniendo en práctica lo que acababa de inculcar á sus Apóstoles, se levanta, alza los ojos al cielo, y con humilde reverencia interior y exterior, en voz clara, comienza su oración pidiendo por sí. ¿Qué pide? La gloria y claridad durante su Pasión y después de ella, y esto, no por su propia honra, sino por la gloria de su Padre, y para que tuviesen perfecto cumplimiento las trazas de su predestinación eterna. Y como título para moverle á que le oiga, recuérdale las obras que por su honor y gloria ha llevado á cabo. ¡Qué documento nos da el Señor! Pero Él no se contenta con pedir por sí: en el mundo quedan sus Apóstoles, y de ellos se acuerda, y fervientemente pide á su Padre que les dé unión de caridad y sentimientos entre sí y con Dios; que les preserve del mal, esto es, de todo aquello que puede destruir ó menoscabar esta unión divina: y que los santifique en verdad, no en apariencia, y que su santidad sea sólida, constante, perfecta en toda suerte de virtudes. He aquí lo que ha de ser el continuo objeto de tus súplicas: unión de voluntad con Dios, limpieza de pecado y santidad verdadera. Y para el mundo, esto es, para aquellos mundanos que por la predicación apostólica han de creer en Él, ¿qué pedirá Jesús? ¿Bienes materiales? ¡Ah, no! Virtudes sólidas, eterna bienaventuranza. ¿Ves lo que Jesús te enseña á pedir? ¿Observas el modo cómo has de pedir? ¿Qué pides para ti y tus prójimos? Confúndete al ver que sólo pides con fervor los bienes materiales, y cuando pides los espirituales y eternos, tu oración es lánguida, disipada, distraída y sin espíritu. Trata seriamente de corregir tu proceder, formando eficaces propósitos y fervientes y confiadas súplicas.

## 22.—VA JESÚS AL HUERTO, Y LE ASALTA LA TRISTEZA.

PRELUDIO 1.º Sale Jesús con sus discípulos del cenáculo, y se dirige al huerto de Getsemaní, y llegado á él, le asalta espantosa y mortal tristeza.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús yendo al huerto, y muy acongojado en aquel lugar.

PRELUDIO 3.º Pide vivo dolor de tus pecados.

**Punto 1.º** *Causas porque Jesús salió del cenáculo y se fué á orar al huerto de Getsemaní.*—Considera cómo Jesús, acabado el sermón de la cena, y dicho el himno <sup>1</sup>, salióse con sus once Apóstoles del cenáculo, y se encaminó al huerto de Getsemaní, que estaba al otro lado del torrente Cedrón. Las causas de esta salida de Jesús á tan altas horas de la noche fueron principalmente tres: La primera, por guardar la costumbre que tenía de recogerse á lugares solitarios á oración retirada, después de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad de este Señor, que por ningunos trabajos quería dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo el himno acostumbrado después de la cena, y se fué á la soledad, como si no esperara ningún trabajo. Así condena la tibieza en dejar por cualquier motivo tus loables costumbres, especialmente la oración. La segunda causa fué porque su prisión no se hiciese en cenáculo y casa ajena, sino en la soledad y en el campo, donde podía hacerse más cómodamente, sin que viniera daño á su huésped. Y para que se viese que no huía, fuese al lugar que era muy sabido del traidor que le había de entregar, como quien de su voluntad se iba á ofrecer á la Pasión y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y obediencia; y así dijo <sup>2</sup>: «Para que conozca el mundo que amo al Padre, y que cumplo su mandato, levantaos, y vamos de aquí». La tercera causa fué para significar que, así como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adán pretendió en un huerto, así la salvación del mundo comenzase por la prisión de Cristo en otro huerto plantado en el valle de las Olivas; porque todo lo que allí sucedió fué para nosotros río inmenso de misericordia, aunque para Él fué arroyo impetuoso de tristezas y trabajos; y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedrón se acordó de las avenidas de dolores que habían de entrar en su alma, con todo eso iba con sus Apóstoles, mostrándoles grandes caricias, y hablando con ellos con grande afabilidad. ¡Oh Salvador mío! Dadme licencia para que os acompañe, atravesando con Vos el arroyo de los trabajos y penas, y ejercitando fielmente en medio de ellas todo cuanto exige el amor que os debo, pues siendo así, ellas serán para mí valle de olivas y misericordias.

<sup>1</sup> Matth., xxvi, 30. — <sup>2</sup> Joan., xiv, 31.

¿Imitamos nosotros la constancia de Jesús en el cumplimiento de nuestros buenos propósitos? ¿Rehusamos sujetarnos á los trabajos y humillaciones que el Señor permite en nosotros?

**Punto 2.º** *Dos circunstancias con que empieza Jesús su Pasión y la hacen terribilísima.*—Llegando Jesús al huerto de Getsemaní, separóse de sus discípulos para entregarse á la oración, y al momento se dejó asaltar de espantosa tristeza, tedio, pavor <sup>1</sup> y otros afectos sumamente repugnantes y dolorosos. Acerca de esto has de ponderar cómo Jesucristo, tu amante Padre, quiso dar principio á los trabajos de su Pasión, con dos cosas terribles, que la hicieron penosísima. La primera fué privarse voluntariamente de toda alegría sensible, ya interior, ya exterior; de suerte que, aunque en otras ocasiones solía tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta alegría en la parte interior de su alma, y cerró la puerta á todo consuelo sensible, no sólo los que de la parte superior de ella le podían venir, sino también de los objetos exteriores, como era la compañía de su Madre, la conversación de sus discípulos, y demás. La segunda fué tomar los afectos contrarios de temor y tristeza, dando licencia á sus apetitos para que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, y tomarlos con poca ó mucha intensidad, tomólos con grandísima fuerza, para que su Pasión fuese más amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires; mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy más gloriosa, porque se padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulación, puramente por amor de Dios. Mas todo esto prueba la infinita caridad de Jesús, porque así como se descubrió en desear la muerte y gozarse de su Pasión para nuestro bien, así resplandece en tomar voluntariamente estos afectos que la hacen más amarga. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por este principio que disteis á vuestros trabajos, tomando por nuestro amor lo que había de ser aumento de ellos; concededme que por amor vuestro me prive de cualquier gusto sensible, y me ofrezca á beber el cáliz de vuestra Pasión, puro como lo bebisteis. Y nosotros, viendo lo que hace Jesús, ¿desearemos todavía los gustos sensibles? ¿No nos conformaremos en las tristezas que nos asalten?

**Punto 3.º** *En qué consistieron las aflicciones interiores de Jesús.*—Considera la muchedumbre y gravedad de las aflicciones interiores de Jesucristo, que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tedio, tristeza y agonía. El temor fué de los tormentos y muerte tan terrible que tenía cercana, el cual suele

<sup>1</sup> Marc., xiv, 33; Matth., xxvi, 37.

atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor y espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía. Este temor acometió á Cristo como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores como fueron después los tormentos; porque tuvo temor de la prisión, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habían de dar después de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado. El tedio fué un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto, consuelo ó alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job, tenía tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que tú tienes de las obras de virtud y las desganas de sufrir lo amargo de ella. La tristeza fué un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinación natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprensión de todos ellos muy viva, y los aprendía como inevitables, según la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza también le embistió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, desamparado y perseguido. ¡Oh alma! ¿Comprendes las aflicciones interiores que por ti ha aceptado Jesús? Y tú, ¿no querrás sufrir algo por Él? ¡Oh alegría de los ángeles! ¿Por qué os sujetáis á tantas tristezas? ¡Ah! Es que queréis convertir vuestros gozos en penas, para convertir mis penas en gozos celestiales. Alábenos los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogisteis para Vos la tristeza, para llenarme á mí de alegría. Concededme, Señor, tal esfuerzo en vuestro servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima ni la tristeza me consuma.

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué enseñanzas tan sabias y prácticas nos da Jesús, al dar principio á su Pasión! ¡Cuán bien descubre la infinita caridad que le mueve en cada uno de los pasos de ella! Llegado el momento señalado por su Padre, sale del cenáculo acompañado de sus amados Apóstoles, para dirigirse al lugar en donde acostumbraba hacer su oración, mientras ellos descansaban tranquilos, confiados en la vigilancia de su Maestro. No ignora Jesús los pasos que está dando Judas, y que allí ha de ir á encontrarle; pero Él no deja por ningún temor humano sus santas costumbres; no quiere que el piadoso israelita que con tanta generosidad ha franqueado su cenáculo, sufra ningún disgusto si la prisión se hiciera en él; y, además, quiere que la redención del mundo empiece en un huerto, como en otro había principiado su perdición. ¡Oh bondad de Jesús! ¡Cuán digna eres de alabanza! Miremos á Jesús; llega ya al huerto, y antes que

sus enemigos le atormenten, comienza Él á afligirse voluntariamente. Privase de todo consuelo sensible, no consintiendo que ni del interior del espíritu ni de las cosas exteriores reciba su alma alivio alguno; y hace que le asalten furiosamente todos los afectos opuestos. Su temor es pavoroso, su tedio y desgana de todas las cosas es sin igual, y su tristeza es tal, que bastaría para quitarle repentinamente la vida. Penetremos en el amante Corazón de Jesús, y cotejándole con el nuestro tan delicado, preguntémosle: ¿Hemos abandonado por tibieza nuestras buenas prácticas? ¿No sentimos tristeza de los pecados que tanto afligen á Jesús? ¿No trabajaremos por aliviar el dolor de nuestro divino Maestro? ¿Qué nos conviene hacer para esto? Meditémoslo, propongamos y pidamos por nosotros y por los demás.

### 23.—CAUSAS DE LA TRISTEZA DE CRISTO EN EL HUERTO.

PRELUDIO 1.º Jesús quiso padecer mortal tristeza recordando los pecados del mundo, el poco fruto de su Pasión y las penas de sus escogidos, y la manifestó á sus Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús con semblante afligido, diciendo á sus Apóstoles que está triste hasta la muerte.

PRELUDIO 3.º Pide dolor y sentimiento de tus pecados, que fueron causa de la tristeza de Jesús.

**Punto 1.º Jesús padece tristeza, considerando el poco fruto de sus trabajos y los muchos pecados del mundo.**—Considera en este primer punto dos causas que acumuló Jesucristo para moverse á la tristeza mortal que padeció en el huerto. Una fué la consideración del poco provecho que habían de hacer en muchos hombres los medios de su encarnación, Pasión y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida; y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de ellos, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes que tan á su costa les ofrecía; por lo cual, con efecto, muchos se habían de condenar. Otra fué, que, no sólo no habían de sacar provecho de su redención, sino que habían de corresponder á sus favores con enormes é innumerables pecados, y aquí los traía todos á la memoria con la más viva aprensión, así los pasados, como presentes y por venir; los tenía presentísimos, y con grande evidencia conocía y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellas se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á los terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza, y la tomó de buena gana; lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen de su tibieza y pecados; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por ellos merecían. Imagínate á ti mismo dentro de la memoria y Corazón de Cristo